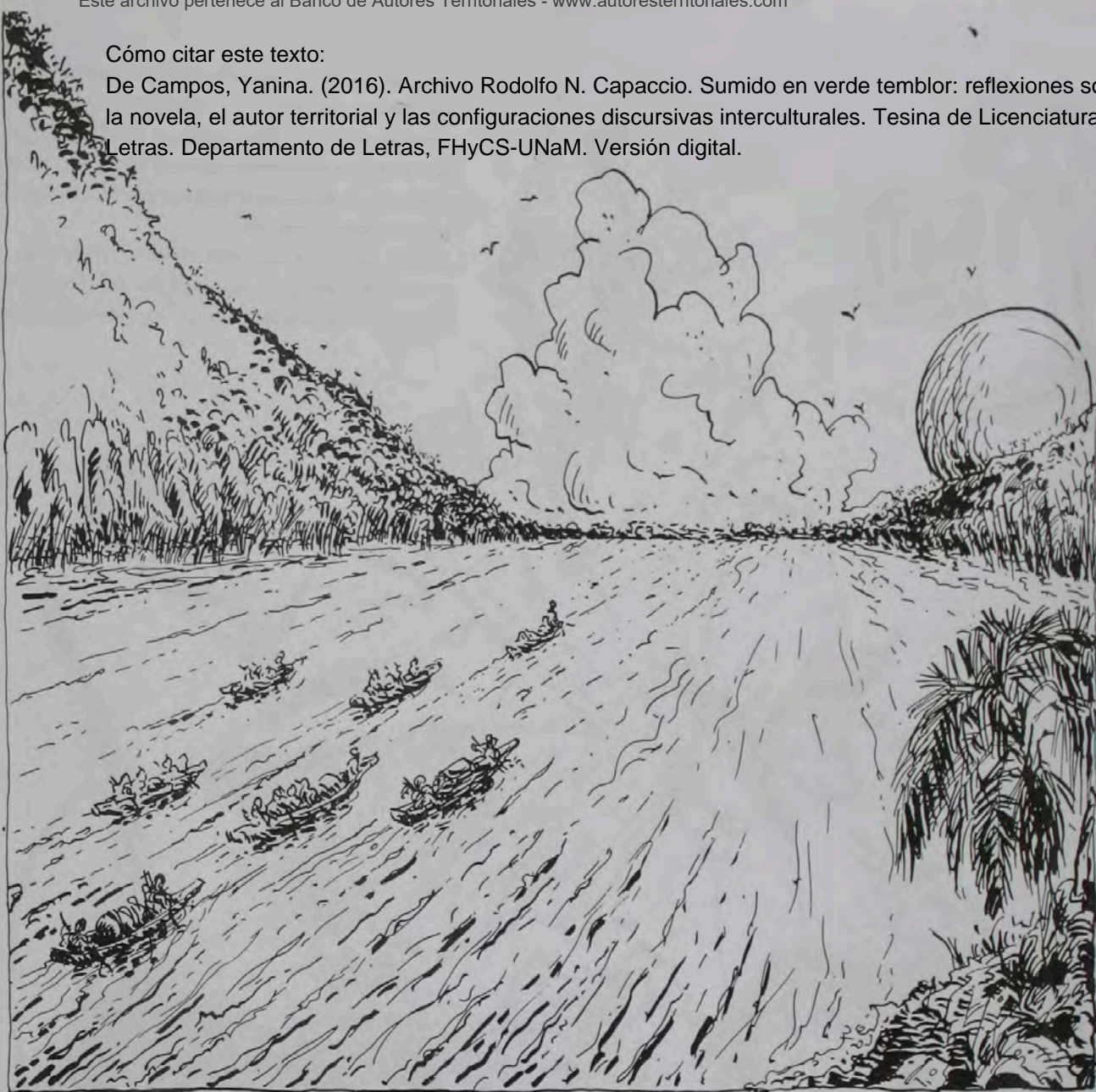


NAUFRAGIOS Y CAMINATAS

Cómo citar este texto:

De Campos, Yanina. (2016). Archivo Rodolfo N. Capaccio. Sumido en verde temblor: reflexiones sobre la novela, el autor territorial y las configuraciones discursivas interculturales. Tesina de Licenciatura en Letras. Departamento de Letras, FHyCS-UNaM. Versión digital.



Los ochenta hombres que bogan en las canoas compradas a los indios, sienten que el agua del Iguazú corre más rápido de lo que ellos reman. De pronto, el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que va de pie sobre una de las embarcaciones, vislumbra una nube que flota, inmóvil, sobre el follaje de la selva. Una extraña nube, recortada contra el cielo límpido donde no hay otras nubes. Poco a poco también

comienza a oír el fragor del agua que se despeña y que forma sobre las copas esa niebla perpetua.

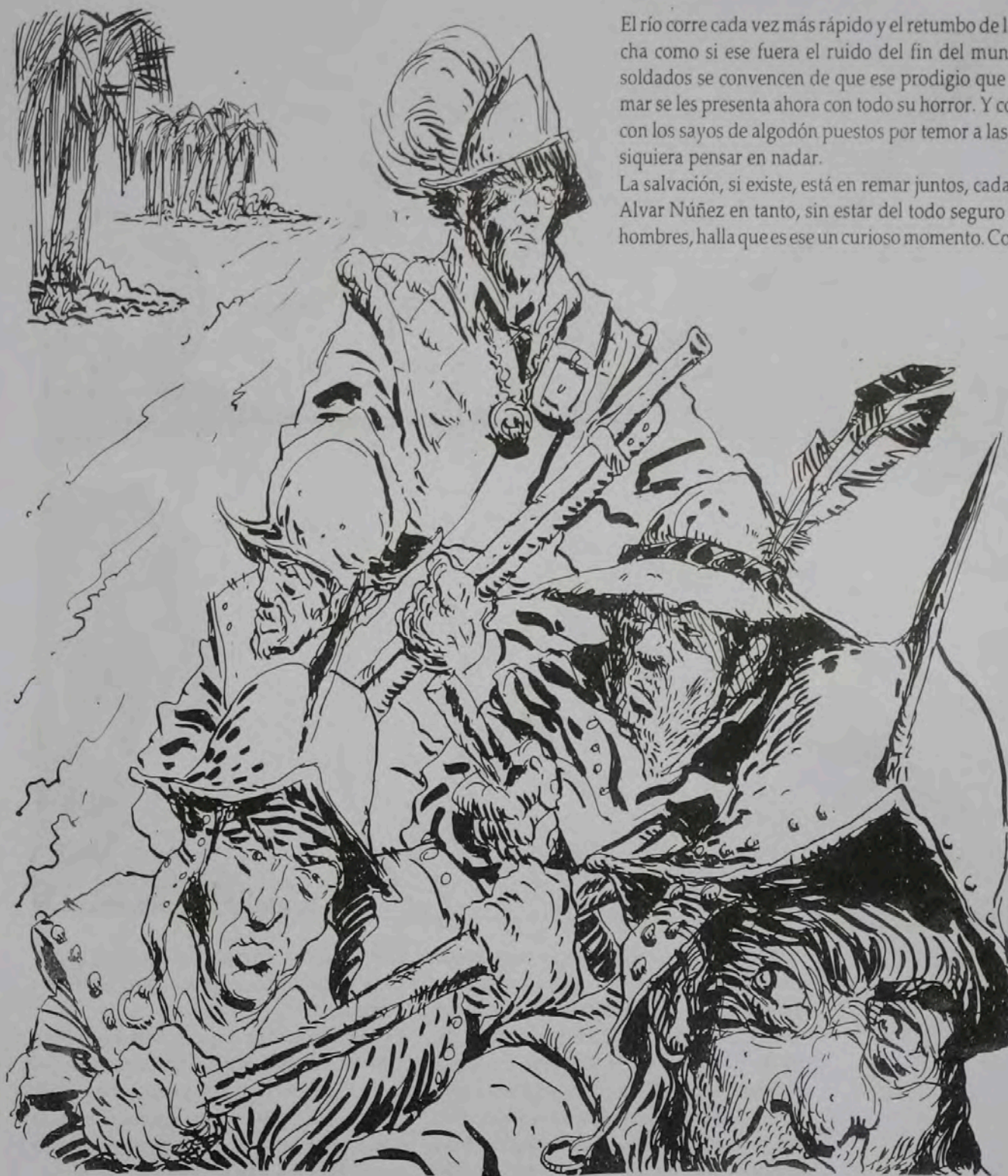
Es un día luminoso de fines de enero de 1542, y Alvar Núñez, Segundo Adelantado del Río de la Plata, en viaje a Asunción, comprende que su vida de gran caminador está signada por los naufragios. Aún en estos momentos, en que se halla tan lejos del mar.



Ante el peligro inminente los soldados comienzan a remar para salir del medio del río que es allí "ancho como el Guadalquivir", pero de costas en las que no se puede hacer pie porque la selva inclina sobre el agua unos cañaverales gigantescos.

Han salido de Santa Catalina, en la costa de Brasil, tres meses antes, para no dar la vuelta por el Río de la Plata y cortar camino, pero al dar con este río que sabe por los indígenas que desemboca en el Paraná, Alvar Núñez se ha embarcado con los que ya no pueden caminar y dejado que siga por tierra el resto de la expedición de 250 hombres y 26 caballos.

No obstante, a poco de haber embarcado, se les presenta este obstáculo de unas cataratas que no ven, pero cuya hondura pueden imaginar sólo por el torbellino que forma en el cielo el agua pulverizada después de despeñarse.



El río corre cada vez más rápido y el retumbo de las cataratas se escucha como si ese fuera el ruido del fin del mundo. Muchos de los soldados se convencen de que ese prodigio que no hallaron en alta mar se les presenta ahora con todo su horror. Y como muchos reman con los sayos de algodón puestos por temor a las flechas, no pueden siquiera pensar en nadar.

La salvación, si existe, está en remar juntos, cada vez más ligero. Alvar Núñez en tanto, sin estar del todo seguro en la fuerza de sus hombres, halla que es ese un curioso momento. Como desde las costas

llega el zumbido de miles de chicharras, piensa en el grillo solitario que les salvara la vida al llegar a tierra americana.

El cauce del Iguazú describe una anchísima curva y aparece navegado por islas cubiertas de palmeras. Y ellos van por lo más profundo, derecho hacia donde una línea siniestra marca el límite después del cual ya no se va el río porque se lo traga el abismo.

El grillo lo había embarcado un soldado en Cádiz, al partir, para que en la soledad del mar le recordara la paz de su terruño. Pero el insecto no se hizo sentir desde que estuvo a bordo y el soldado más de una vez se tentó de arrojarlo por la borda. Una noche, sin embargo, tal vez al presentir la tierra, el grillo cantó y alertó a la tripulación que navegaba en las tinieblas. La tierra, de la que se encontraban en menos de un tiro de ballesta, estaba rodeada por terribles rompientes en las que iban a naufragar sin remedio.



pero ahora no es un grillo en la oscuridad del mar sino un coro de chicharras a plena luz que desde la selva acompañan el derivar de las canoas y el Adelantado ordena redoblar el esfuerzo para salir de la mitad de la corriente donde ya no parecen flotar sino volar sobre el agua atraída por el despeñadero.



Finalmente, tomándose de las piedras que emergen, tropezando, hiriéndose en las correderas, los hombres logran sacar a la orilla las embarcaciones.



Muchos de los hombres, en ese momento, pese a tener los pies desechos por unas minúsculas pulgas que les anidan en los dedos unas bolsas con huevecillos, hubiesen preferido seguir caminando que afrontar la muerte en ese tragadero. Alvar Núñez también se arrepiente de haberse embarcado, pero no por temor a una muerte inminente, sino por haber dejado de caminar la tierra que es lo que lo llena de placer. El, que ha andado cientos de leguas por los calcinados desiertos de Texas, le ha tomado gusto a ese andar por la noche eterna de la selva, sin ver el sol por días, entre el sopor que herrumbra las rodela y espadas, oyendo el bullicio de los monos sobre los altos pinos.

Entre chapoteos y gritos que ahoga el retumbo de la caída cercana, se tiran sobre las piedras, exhaustos, a contemplar el arco iris que se forma sobre las cataratas.

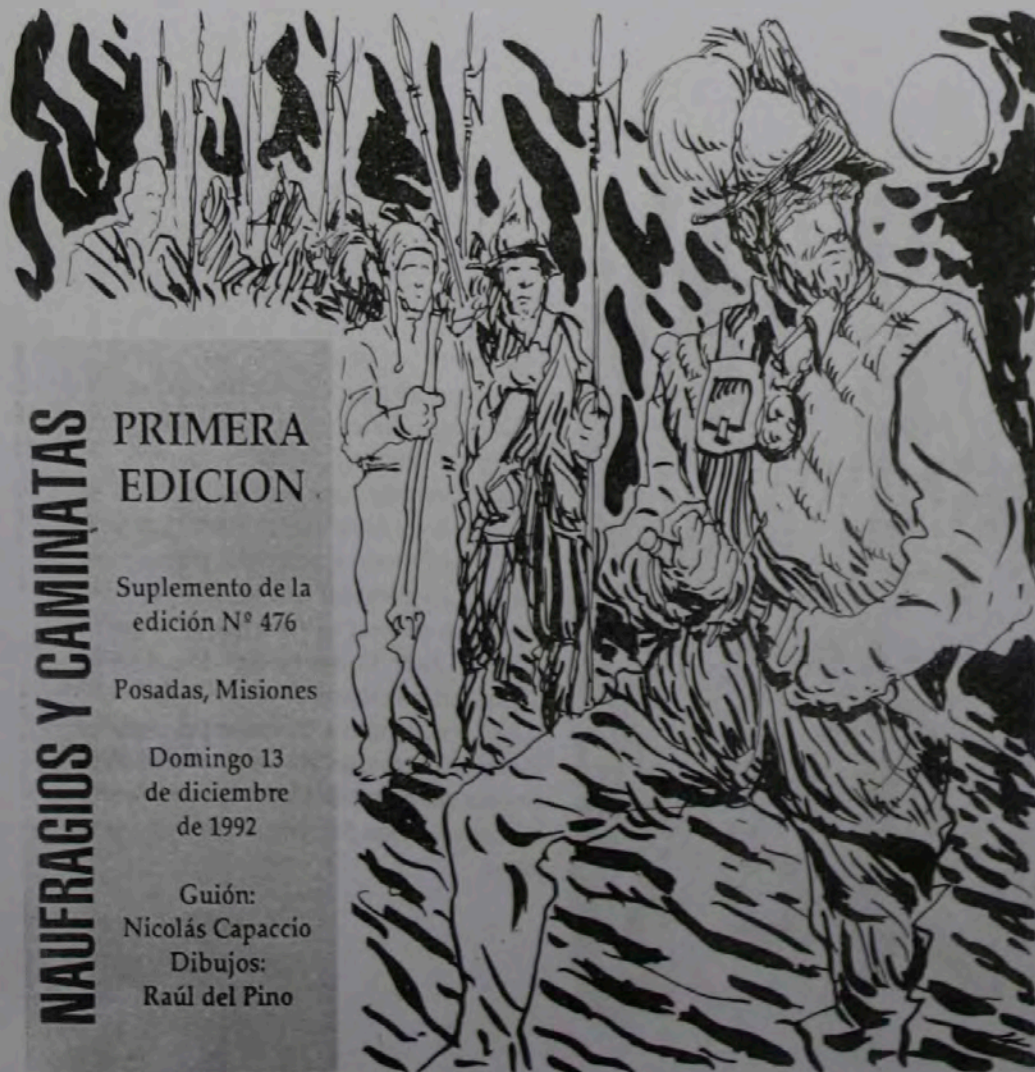


El mal paso de las cataratas ha quedado atrás. Pero aún queda mucho camino hasta Asunción.

Los soldados vuelven a botar las canoas entre los remolinos que el agua, enloquecida, hace después de la caída. En la playa los enfermos esperan que se terminen de armar una balsas con las que seguirán ríos abajo por el Paraná.



Álvar Núñez no puede esperarlos. Ha sorteado un nuevo naufragio y le urge seguir caminando por la que considera la más fértil de las tierras. Entonces ocurre lo que en los saltos no ocurrió. Al vadear el Paraná una canoa se da vuelta y un hombre se ahoga. //



Ven su brazo agitarse entre los remolinos como una despedida y ya no vuelven a saber de él.

Las chicharras no cantan ahora, pero desde los altísimos árboles, unos pájaros negros y amarillos, de enorme pico multicolor, lanzan un chirrido oxidado.

Álvar Núñez se ciñe la espada y ordena proseguir el viaje. Nada lo reconforta tanto como el pensar que tiene por delante tierra para caminar. Para sentir que la hace suya paso a paso.

La caravana toma el rumbo de Asunción, en tanto atrás, poco a poco, va haciéndose cada vez más lejana la nube de vapor que las cataratas del Iguazú mantienen eternamente suspendida sobre el monte.

El Adelantado, enviado por el rey Carlos I, está ahora rodeado de caciques tocados con plumas de guacamayo y pintados de diversos colores. Junto a esos singulares monarcas del nuevo mundo contempla la desembocadura del Iguazú en el Paraná. Sus hombres, en tanto, han sorteado los saltos por entre la espesura, llevando a pulso las canoas más de media legua con ayuda de los guaraníes, porque el Adelantado suele ser hábilmente obsequioso para obtener favores.

NAUFRAGIOS Y CAMINATAS

PRIMERA EDICION

Suplemento de la edición N° 476

Posadas, Misiones

Domingo 13 de diciembre de 1992

Guión: Nicolás Capaccio
Dibujos: Raúl del Pino